

co es el ambicioso dogmatismo que levanta postulados insuperables e inamovibles porque en todo lo humano hay un más allá y una evolución. La actitud adecuada es la ironía o «reconocimiento de los límites del propio poder humano». Hay una ironía de la acción que consiste en prever que con frecuencia se fracasa: el irónico no se frustra ni se desespera porque cuenta con esa adversa eventualidad. Y hay una ironía mental que se reduce a reconocer que la verdad es inagotable y que sólo cabe obtener parcelas de ella, incluso distorsionadas a causa de su separación del contexto. «Ni todo está dicho, ni todo está por decir. Todo está dicho a medias». La ironía filosófica es la modestia intelectual tanto del individuo como de la especie; es el método adecuado a la inmensidad y a la resistencia de lo cognoscible.

4) *La ironía corresponde a un mundo en el que se trabaja y juega.*

La existencia humana no se reduce a grave lucha por la vida; hay en ella también otra dimensión, la festiva y jocunda, que es la más deseada. Ignorar el aspecto lúdico sería una cruel mutilación de la humanidad.

El juego se diferencia del trabajo en que carece de «una utilidad inmediata»; pero ambos se interfieren: «hay inevitables presencias del juego y del trabajo; como en éste entran inevitablemente luces del pensamiento, juicios de valor; y en el juego, con lo propiamente lúdico, no poca dosis de teoría». Para d'Ors, el juego es una «zona más propicia para la creación» que el trabajo en la que suelen aparecer «un lujo, una superfluidad, un deseo de armonía, de simetría [...], y, a la vez, de belleza». En el juego hay, pues, destacadas connotaciones deportivas y estéticas; y el juego es inseparable de la existencia humana.

¿Cómo hacer intervenir la deportividad y el esteticismo en la actividad cognoscitiva? Con la ironía que atenúa la seriedad de la tarea, y que implica perspectiva, equilibrio, elegancia y otros muchos valores propios del arte. En la compleja ironía, hay un diedro lúdico y travieso, y otro artesano y plástico. Si el juego humaniza al trabajo, la ironía aspira a «la humanización del saber». La ironía es el instrumento que acerca todo esfuerzo al juego y que, por ello, contribuye a realizar el fin último de la filosofía orsiana, la «inscripción de la eternidad en la vida».

5) *La ironía corresponde a la contradictoriedad de lo real.* El universo cambia y nada de él permanece idéntico, sino que deviene, incluso de una posición a la contraria: del calor al frío, de la inercia a la acele-

ración, de la pulcritud a la fealdad, del clásico al barroco, etc. Las cosas son así y dejan de serlo para ser de distinto modo. Hay, pues, una contradictoriedad existencial. Pero hay otra especie de contradicción, la esencial o «pluralidad de opiniones»; lo definitivo en ciertos términos es luego corregido, y la ley enunciada con tal ecuación es posteriormente reformulada de forma más exacta. El progreso de las ciencias del espíritu y de la naturaleza es polémico y dialéctico. «El diálogo es la fuente filosófica por excelencia». El curso del universo es un enfrentamiento de factores, y la carrera intelectual es un juicio contradictorio; y, añadía peculiarmente d'Ors, la cultura es una confrontación de eones. Y todos son procesos a los que no se adivina un final.

La contradicción impera por doquier, y es preciso contabilizarla en las operaciones cognitivas. ¿Cómo? Mediante la ironía. La ironía es, pues, dialógica porque «toma en cuenta el pensamiento ajeno», deja un «margen de contradicción, de rectificación y de duda», y se manifiesta con «un acompañamiento armónico contradictorio». El irónico afirma pero incorporando discrepancias potenciales; es una deportividad lógica, no simplemente moral. Hay una adecuación a la realidad; pero, además, hay un estímulo a la continuación del esfuerzo discursivo; no son tesis disecadas, sino vivas, que prometen fertilidades futuras incluso con su propio sacrificio.

- 6) *Ironía y libertad*. Para d'Ors la ironía no es, como para Cicerón, «un artificio literario». Tampoco debe interpretarse como una forzada rendición intelectual ante la plasticidad del mundo, la ambigüedad del lenguaje, la inagotabilidad de la verdad, la dimensión lúdica del hombre, y la contradictoriedad de lo real. Es una respuesta adecuada y positiva a esos desafíos y, consecuentemente, el método filosófico por excelencia. Pero no es sólo una técnica axiológicamente neutra. La ironía, sin dejar de ser una noción epistemológica, quedaría expresamente incluida en el campo de la eticidad, aunque con más jerarquía que en la acepción aristotélica de simple modestia. D'Ors culmina su moralización de la ironía cuando la caracteriza como una «posición de libertad».

Efectivamente, el filósofo irónico está menos sometido a los rígidos axiomas y a los tercos hechos que el racionalista y el positivista puros; se siente un poco como el soberano ideal, desligado –*solutus*– de innumerables ataduras, e independiente ante su mundo. El irónico es, literalmente, más librepensador que el tradicional.

Locura: Sistema conceptual diferente del sistema conceptual lógico y que el organismo individual emplea para defenderse de una excitación contra la cual el sistema lógico aparece insuficiente. La locura es comparada por Eugenio d'Ors a la militarización de los civiles en un caso de guerra defensiva: los temas vesánicos son las «fuerzas irregulares» de la razón.

Lógica (Fórmula biológica de la): La racionalidad humana es considerada desde un punto de vista puramente energético como una fuerza defensiva del organismo humano individual. Esta fuerza opera como diastasa, separando en las excitaciones recibidas los elementos asimilables de los tóxicos, de suerte que el organismo incorpora los primeros y se inmuniza contra los segundos. He aquí una fórmula dorsiana: «La razón es una diastasa; la lógica, una inmunidad». El residuo que se produce cuando la fuerza racional defensiva queda debajo de la turbación producida por la excitación constituye lo que se llama misterio. Si la deficiencia es grave, se siente la necesidad de improvisar sistemas de definiciones excepcionales; tal es la explicación de la Locura.

Misterio: Resultado de una deficiencia grave en el sistema conceptual de defensa, frente a las excitaciones recibidas. (Véase lo expuesto en el término «Lógica»).

Monadología: Para reducir la vida del espíritu a sus elementos últimos o «mónadas», Eugenio d'Ors no se contenta, como Leibniz, con atribuirle dos facultades: la representativa (principio de inteligencia) y la activa (principio de voluntad); sino que juzga necesario reconocer un tercer elemento irreductible, a saber, la disposición figurativa que contiene el principio de la personalidad. Este elemento no considera el pasado como la representación, ni el futuro como la voluntad, sino más pronto lo eterno, es decir, aquello que se encuentra fuera del tiempo: la presencia del Ángel.

Monstruo: En la «Morfología de la Cultura» (segunda parte de la *Ciencia de la Cultura*) el monstruo tiene su ubicación en la extrema acepción vital. Esta excepción puede ser de dos tipos:

- 1) Puede asumir la representación de una clase entera y entonces se constituye en arquetipo («el genio»)
- 2) Se queda en una excepción solitaria y, en este caso, tenemos «El monstruo».

Nimbo: Todos los objetos propuestos a nuestra consideración por determinados e individualizados que parezcan son, en primer lugar, «borrosos», y, en segundo lugar, asumen algo de la «realidad circundante». Los perfiles de las cosas no son nítidos, sino «nebulosos». Los objetos poseen un «nimbo» o halo que los conecta y, en cierto modo, los funde con su circunstancia. Ese nimbo «forma parte y no forma parte, a un mismo tiempo» del objeto. Es emanación propia y, simultáneamente, asimilación del ambiente («cada cosa se nutre de la sustancia de su nimbo»). Es la negación de límites tajantes: una zona de intercambio e indeterminación de ser y, a la vez, no ser esto o aquello. Pero no hay sólo frontera confusión del objeto con su ámbito o fondo, puesto que en el entorno del objeto está inserto también el observador, que es otra fracción del universo. Por eso, la «objetividad se combina desde el primer momento con la subjetividad»; «el objeto se vuelve inconcebible aparte del sujeto, y éste, independiente de aquél». En suma, el observador y las cosas entre sí constituyen un entramado inestable y solidario y, por eso, acontece que todos los objetos cognoscibles incorporan «realidades que son y no son ellos».

Como la aureola de los santos que representan los pintores y los escultores, el aura mística, el nimbo rodea y envuelve todas las cosas, como una expansión de su energía interior que sobrepasa su contorno: es la función obrando mas allá de la figura. Todas las cosas tienen su nimbo, su función. Lo tienen los seres vivos, lo tienen las figuras, lo tienen las palabras, mas allá de su simple significación que recogen los diccionarios, y mediante él pueden tener diversas acepciones, pero el nimbo las sobrepasa también. Tienen nimbo también las ideas vivas, que en esto se diferencian también de los conceptos abstractos. Esta metafísica —«una metafísica de lo viviente»— tiende a ver en todas las cosas, lo mismo en el reino de la naturaleza que en el mundo del espíritu, un modo de vida: *la función*, que se formula de este modo tan rotundo: «En la verdadera realidad, en la última y suprema realidad, no hay inercia posible».

Oración: Acto por el cual el hombre dimite en el orden divino de su derecho a la interpretación utilitaria del accidente. Esta definición coloca el acto de orar en su género próximo, a saber, la sumisión a una cosa más alta, y especifica el sentido, dando como apoyo al acto en cuestión el Orden divino y no el Amor donde, al contrario, encuentran apoyo las tentativas o los éxitos místicos en el transporte y el éxtasis. Esta adecuación de la oración al orden la mantiene en el dominio de lo articula-